

—¡Miradle! ¡Se ha ruborizado! ¡Baja la cabeza! ¡He dado en lo cierto!

Blanca exageraba; Vandelle, de treinta años de edad, parisiense de raza, vividor en grande, no era hombre para turbarse con tanta facilidad. Dudaba solamente en comunicar una determinación que tal vez le espantaba á él mismo, y en lugar de mirar á todas aquellas mujeres con la audacia, que nunca habían pensado en reprocharle, entornaba los ojos y parecía entregado á la meditación.

Por fin, tomó una determinación, y poniendo ambos codos sobre la mesa, y apoyando el rostro en las palmas de sus manos, dijo:

—Pues bien, sí; el hombre no es perfecto: me caso!

Luisa se levantó y alzando su copa, exclamó:

—Señoras y señores: se os ruega asistais al entierro y funerales de la loca juventud de M. Enrique Vandelle que morirá muy pronto en el domicilio del Sr. Alcalde, después de haber recibido el sacramento del matrimonio! ¡Bebed por ella!

—¡Bebamos por ella! repitieron á coro todos los convidados.

Cuando los vasos quedaron vacíos, cruzáronse nuevas preguntas:

—¿Con quién te casas? preguntó Berta.

—¿Es un matrimonio de interés?

—¿Es un casamiento de amor?

—¿Es acaso con esa mujer de quien acabamos de hablar?

Vandelle, decidido sin duda á guardar silencio, encendió un cigarro, se levantó y dió órdenes á su criado para que se sirviera el café.

IV.

La conversación ya no era general. La unidad de los convidados estaba rota. Colocáronse los sillones por pequeños gru-

pos en las estremidades de la mesa, ó en los rincones del comedor. Julieta y Luisa habíanse apoderado de Raynal y le decían con suplicante voz.

—Verdad que nos darás entradas para las sesiones del Tribunal? nunca hemos visto criminales.

—Ni nunca los vereis, respondió el abogado con acento grave.

—Por qué?

—Porque no los hay.

Al oír esto, acercáronse otras personas al grupo.

—¿Cómo que no hay criminales! ¿Qué está V. diciendo?

Los vinos y los licores de Vandelle, habían conmovido á Raynal, las miradas de Julieta y de Luisa le embriagaban, y sus propias palabras iban á ponerle perdido.

—Sí, decía, los criminales son una invención de la justicia. Hay culpables porque los jueces necesitan vivir. Los jueces no han sido creados á causa de los criminales, sino que estos han sido instituidos para ocupar á los jueces.

—Pues ¿y los asesinos, los envenenadores, los falsarios? preguntaron A. M. y el periodista, que acababan de acercarse también al grupo.

—Accidentes, señores, circunstancias fatales, encuentros extraños... la fatalidad... cuestiones de temperamento, á lo sumo... Hay personas á quienes todo sale mal; esto es lo que sin cesar nos esforzamos en probar al jurado... Si nos creyese, si pudiéramos imbuirle la convicción que nos anima, la sociedad conservaría todos sus miembros!

—Afortunadamente para nosotros, los jueces se muestran sordos á las palabras de vuestros nobles inocentes, repuso *El Pudor mismo* con autoritaria voz.

Vandelle que hacía un rato paseábase con agitación, sin que nadie se cuidase ya de él, dijo interrumpiendo al abogado:

—Esta disertación es interesantísima, pero yo tengo muchos preparativos que hacer: parto mañana.

—¡Cómo! ¿te casas en provincia?

—¿En tu fábrica? ¿Entre tus máquinas?

Vandelle no respondió.

—¿Tendrias la pretension de despacharnos? dijo Berta.

—¿Antes de echar la *talla* de rigor? continuó Luísa.

—Sí, sí; exclamaron todas las mujeres.

—¡La *talla* de los funerales!

El amo de la casa comprendió que era preciso darles gusto. Llamó, dió órdenes, y pronto se vió puesta una mesa de juego en el salon vecino. Pero despues de haber cumplido de este modo los deseos de los comensales, no se creyó obligado á hacerles compañía; abandonó, pues, el salon, pasó á su alcoba, arreglóse un poco el traje, dijo algunas palabras á su criado, y salió de casa.

En pocos minutos llegó al bulevar de los Italianos y rehusando los coches de alquiler que se le ofrecian, dirigióse con agitado paso hácia la calle de Seze. A mitad de calle, detúvose ante una puerta grande, entró, subió precipitadamente dos pisos y llamó.

Una criada acudió á abrirle, y cuando él sin hablar, iba á penetrar en las habitaciones, le detuvo con estas palabras:

—¿Ya sabe V. que no está la señora en casa?

—¿No está? repuso Vandelle palideciendo. ¡Cómo! ¿Cuándo ha salido?

—Hace apenas media hora: creo que ha ido á casa de V.

—¿Por qué no lo ha dicho V. inmediatamente? exclamó Vandelle, recobrando el color.

Bajó la escalera, y volvió á tomar el camino de su casa.

—Ah! murmuraba: la amo aun mas de lo que creia!.. Y sin embargo...

Repentinamente, se acordó de la sociedad un tanto adulterrada que habia dejado en uno de sus salones; asustado, tomó un coche, y se hizo conducir rápidamente á su casa.

V.

No todos los comensales de Vandelle se habian sentado alrededor de la mesa de juego. A. M., Raynal el abogado, V***, y Blanca, hablaban, reunidos, en un extremo del salon.

—Os denunció á A. M., decia Blanca; conoce á la querida de Vandelle, y rehusa darnos esplicaciones sobre ella.

El bolsista intentó defenderse, pero dos preciosos brazos se enlazaron á su cuello, al mismo tiempo que unos bonitos labios murmuraban á su oido:

—¿Qué temes? ¿Qué daño podrás causar á esa mujer, puesto que él se casa con ella, puesto que la situacion de ambos va pronto á legitimarse? Ya no debe existir el misterio... así pues, alíviate del peso de ese secreto que debe molestarte hace tanto tiempo!

—¿Quieres que te ayude? dijo V***, inclinándose hácia él. Me hallo sobre una pista, y apostaria cualquier cosa á que es la buena.

—Sepamos la pista.

—Os acordais de aquella estrangera, portuguesa, creo... Tenia una hija que se le parecia de una manera asombrosa... Todo el mundo se fijaba en ellas... Por todas partes se las encontraba... en el Bosque, en las carreras, en el teatro, en los baños de mar!

—Sí, sí; pálidas, morenas, ojos estraños, trajes chillones...

—Eso es. En nada reparaban, con tal de singularizarse. Una de ellas, la mas jóven, apostó un dia que haria subir á su caballo, andando hácia atrás, la gran cuesta de los Campos Elíseos! Al llegar á la planicie, el animal que hasta entonces habia obedecido á todos los caprichos, rehusó adelantar, ó mejor dicho, retroceder. La amazona luchó con él, primero con dulzura,

despues se encolerizó, y repentinamente, armándose de una pistolita que llevaba siempre en el seno, disparóla sobre su caballo, le hirió y rodó junto con él por el suelo.

—Hombre, eso es delicioso!

—Pobre caballo! murmuró Raynal que tenia el vino triste.

—Esa historia no me asombra, repuso Blanca, yo la he visto hacer otra porcion de escentricidades en los baños de mar..!

Siempre avanzaba nadando, sin ocuparse del regreso, y era necesario pescarla, al menos, una vez por semana.

—Nada la asustaba, continuó V***. Un dia, partió de Luchon por el puerto de Venasque, ascension como ya sabeis, demasiado respetable. Pero almorzó, segun es uso, cerca de una nevera, se embriagó con champagne y al momento de volver, declaró que deseaba ascender á la Maladetta, una soberbia montaña, pero casi inaccesible. Se le hicieron observaciones, su misma madre la suplicó que renunciase á aquel proyecto; pero de nada ni de nadie hizo caso y emprendió su camino acompañada por los guias á quienes habia seducido con magníficas propinas. Al dia siguiente, ni una sola noticia acerca de ella—gran inquietud—desesperacion de la madre—pesquisas por todas partes. Por fin, se la encontró medio muerta de frio, ante una nevera que no queria abandonar, y que se obstinaba en atravesar, por el contrario.

—Soberbio tipo! exclamó Raynal.

—Sí, prosiguió V*** mis recuerdos se refrescan; la madre se llamaba M.^e Sandraz y la hija... Ester!

—Pero hace dos años que ya no se las ve por parte alguna.

—La madre murió, y Ester debe haber regresado á Portugal, dijo A. M.

—Cá! repuso V*** la Ester en cuestion se halla en París, vive en el barrio de la Magdalena, y, en fin, es la querida de Vandelle!

—¿Cómo lo sabes tú?

— Me lo prueban indicios clarísimos.

— Preferiria que hablase A. M. indicó Raynal, puesto que parece haber conocido á la mujer de quien hablamos.

— A. M. tiene la palabra.

— ¿Y qué quereis que os diga?

— ¿Qué es en realidad esa Ester?

— En primer lugar una honrada jóven!

— Una honrada jóven que tiene un amante?

— No tiene mas que uno, y va á casarse con él!

— Tiene fortuna! No á todas pasa lo mismo!

— ¿Fortuna llamas á no tener mas que un amante?

— No; á que se casa con él!

— Y qué clase de tipo era la madre? preguntó Raynal.

— Una portuguesa, como ha dicho V*** viuda de un francés establecido en Lisboa; fijó su residencia en Francia despues de la muerte de su marido. Era una mujer encantadora, un tanto exaltada, que no tenia en su cabeza otra idea que la de casar á su hija. Por esto, vino á Francia, contando con la belleza y raro carácter de Ester y con los Parisienses que pasan por ser hombres de gusto. No poseia mas que un pequeño capital, y arriesgando el todo por el todo, gastaba sin medida, para hacer papel y poner en evidencia á Ester, siempre al acecho de un yerno, príncipe ó millonario que la reembolsara aquellos gastos de exhibicion, con usura... Y por fin murió dejando á su hija en las calles de París, de donde Vandelle la ha recogido!

— Creo que muchos otros se hubieran bajado para hacer dos cuartos de lo mismo, arriesgóse á decir el jóven abogado.

— ¿Y por qué no nos la ha presentado? preguntó Blanca.

— No sé como decíroslo sin herir vuestra susceptibilidad, replicó A. M., pero la verdad es que ella no pertenece á vuestra clase.

— Calle! Pues qué es lo que tiene mas que nosotras?

— Mas que vosotras... nada seguramente, respondió el bolista, pero si es posible, que tenga menos...

Felizmente para el amor propio de aquellas señoras, Raynal siempre achispado, se precipitó tumultuosamente en la conversacion diciendo, sin saber lo que decia:

— Lo que aquí se trata de averiguar es una cuestion de cantidad solamente. En esto no hay ninguna clase de ofensa para vosotras: quien puede lo mas, puede tambien lo menos. Este es un axioma de derecho: *jus romanum*. Sostendré esta tésis cuando se me obligue, y la haré triunfar ante el jurado.

—¿Estás bien seguro? preguntóle V***.

— Ruego al tribunal que no se me interrumpa: el fiscal me responderá!

— Bravo! Bravo!

— Le hace falta una toga!

— Y un birrete!

— Qué se lo ponga!

Y uniendo la accion á las palabras, se vistió en un momento al orador con un chal negro, y un sombrero de mujer.

— Y ahora el vaso de agua tradicional, dijo Blanca colocando una copa delante del abogado.

— Eh! qué haces! exclamó Raynal: estás confundiendo el banco de los abogados con la tribuna legislativa. Sin embargo, no importa, voy á beber!

— Está completamente borracho, dijo Blanca al oido de V*** ni siquiera ha notado que lo que él cree un vaso de agua es un vaso de Kirsch.

Raynal en pié, teniendo delante una butaca sobre cuyo respaldo apoyaba sus brazos, habia vuelto á tomar la palabra en estos términos:

— ¿De qué se trata? ¿Del número de amantes que pueden tener estas señoras? Y qué! os atreveis á llamar criminal al éxito que en este punto obtengan? ¿Pretendereis que recaiga

en vergüenza suya la gloria de sus triunfos? Al contrario de esos grandes capitanes, cuyas proezas celebra la historia, ¿perderá acaso la belleza su prestigio en razon del número de sus conquistas? Esto seria inícuo, seria monstruoso, y si tal sistema prevalece ante el tribunal, yo declaro... declaro... declaro...

—¿Qué es lo que declaras?

El orador no pudo continuar; la emocion ó el Kirsch le embargaron la palabra; estendió los brazos y cayó sobre un sillón que prudentemente habian colocado á su espalda.

VI.

Este discurso ruidoso, impidió oír un campanillazo que habia sonado á la puerta de entrada. Por ventura, la antesala estaba mas silenciosa. El criado de Vandelle corrió á abrir.

Una mujer jóven cubierta con un albornoz blanco, penetró en la antesala, y sin hacer pregunta alguna al criado, se dirigió como si fuera de la casa, á un elegante cuartito próximo á la alcoba. En el momento en que iba á poner su mano sobre el pomo de la puerta, el criado, al principio un tanto asombrado, se acercó á ella, y le dijo:

— La señora vá á encontrarse sola, porque el señor ha salido de casa, hace una media hora.

— ¡Cómo! ¿Ha salido? dijo la jóven volviéndose. Y en qué consiste esa iluminacion que se ve por todas las ventanas de la casa?

Al mismo tiempo, un ruido confuso llegó hasta sus oidos.

— Oye V? Hay gente en el salon.

— Efectivamente; el señor ha recibido esta noche á varios amigos, pero, su compañía no le agradaba sin duda alguna y salió de casa, cuando acabó la comida.

— Habrá ido á la mia, exclamó sonriendo, y cuando le digan

que me hallo aquí, no tardará en reunirse conmigo. Voy á esperarle.

Entró en el cuartito, y se desembarazó de su albornoz, mientras que el criado encendia las bujías.

Hecho esto, iba á retirarse, cuando ella le preguntó:

—¿Es comida de hombres solos la que ha dado esta noche M. Vandelle?

—Sí, señora... de hombres... balbuceó el criado.

—De solteros?

—Sí...

—Pero solteros acompañados de sus ayas, porque oigo voces de mujer...!

El fiel José creyó obligacion suya cometer una indiscrecion con tal de defender á su amo. Por lo demás, en el fondo, pensaba, nada nuevo iba á comunicar á aquella con quien hablaba. Por ventura, nó se trataba de ella en todo esto?

—No se escandalice V., señora, la dijo con tonillo pretencioso: ha sido una comida de funerales.

—Una comida de funerales? no comprendo.

—Sí, señora. El señor, se despide esta noche de su vida de soltero, acaba de anunciar á sus amigos, su matrimonio.

—Ah! exclamó ella vivamente.

—Y murmuró:—¡Al fin!

José ya de lleno en el camino de las confidencias disponíase á ser elocuente. Iba sin duda, con esa audacia de los criados parisienses, iniciados en los secretos de sus amos, á felicitar á la jóven por su cambio de posicion, pidiéndola tal vez que le conservara á su servicio, pero ella le despidió con un gesto, despues de haberle ordenado que cerrara la puerta, para que ningun indiscreto pudiese penetrar en aquella habitacion.

VII.

Despues de una funcion en el Teatro de la Ópera, en la que Ester Sandraz, jóven que acabamos de encontrar en casa de Vandelle, fue de las mujeres que mas llamaron la atencion, el *caballero de la orquesta* (1) creyó de su deber hacer en el *Figaro* el retrato de la bella extranjera. Fue, por decirlo así, una reseña *descendente*. Partia de la cabeza para llegar á los piés, diciendo todo cuanto habia visto, y doliéndose tal vez de no poder decir mas. *Le Monsieur de l' orchestre* no es ordinariamente tan esplicito. Ester Sandraz le habia subyugado por completo: habia él dirigido sobre ella sus persistentes gemelos é indudablemente se habia colocado ante sus pasos á la salida del teatro, para contemplarla mejor. Hé aquí el retrato que de ella hizo:

«Cabellos de un negro fuerte, en los cuales parece haberse escondido un rayo de sol: frente pura y cuadrada: cejas pobladas, tendiendo á reunirse: tez mate con un matiz de rosa-té: ojos negros, rasgados, aterciopelados, de estraña espresion, rodeados de un círculo azulado; nariz regular, recta, sin exageracion de pequeñez, con ventanas sonrosadas, que parecen estar siempre aspirando un perfume, y se dilatan á la menor emocion: labios gruesos, rojos, coronados de un ligerísimo bozo; dejando descubrir una dentadura exquisita; barba gruesa tambien, corta, cuadrada como la frente; cuello no delgado pero esbelto y gracioso: hombros anchos, redondos, de admirable dibujo: seno abundante, cuya rigidez sin embargo no puede ponerse en duda; talle redondo, elegante y sùtil; caderas desarrolladas, ondulantes; piés de niña... ó de portuguesa,

(1) *Le Monsieur de l' orchestre*. Pseudónimo adoptado por el revistero dramático del periódico parisien *Le Figaro*. (N. del T.)

«mujer admirable, espléndida, que indudablemente hará sensacion en París.»

Y efectivamente, la hizo durante un año. Nunca salía sin ir rodeada de una verdadera corte; tres parisienses y cinco extranjeros pidieron su mano. Y ella tuvo por conveniente desairarles, con gran desesperacion de su madre, bajo el pretexto de que no le inspiraban amor. Luego, murió M.^{me} Sandraz, y Enrique Vandelle, que hacia algun tiempo era amigo de estas señoras, se aprovechó de la desesperacion de Ester, del gran vacío que se habia creado en su existencia, del aislamiento en que el luto la sumía, para penetrar poco á poco en aquel corazon invulnerable hasta entonces, pero que el dolor habia ya enternecido. Esta victoria tenia su razon de ser; nacido en los Altos Pirineos, en el país de la vida áspera y dura, de las marchas penosas, de las peligrosas ascensiones, de las cacerías mortales, con frecuencia, Enrique Vandelle habia tenido una juventud activa, aventurera, y durante la cual, sus músculos se habian desarrollado, su sangre habia circulado mas caliente y mas rápida, su cuerpo, en fin, habia adquirido sobradas fuerzas para la edad madura. Cuando á los veinte y un años se le puso en posesion de la fortuna de su madre, que murió muy jóven; y resolvió ir á fijarse en París, hallábase en condiciones escelentes para desafiar las fatigas de la vida. A los treinta años, cuando encontró á Ester, gracias á su vivificante pasado, á la rudeza de sus infantiles años, nada habia perdido de sus primeras cualidades; una existencia demasiado febril, el abuso de la sensualidad, al sobrescitar su temperamento nervioso, le habian dado asimismo fuerzas ficticias que se unian á las otras.

Pero este desarrollo completamente material, habíase producido en detrimento de las facultades morales; abusaba demasiado de la vida para darse cuenta de que vivia; sus sentidos hablaban con demasiado imperio, y era muy esclavo de ellos para

detenerse á escuchar los latidos de su corazon, y obedecerle. Pero, aunque así hubiera sido, ¿qué provecho habia de reportarle esta obediencia, en la sociedad en que vivia, en medio de fáciles voluptuosidades, á que con ardor se habia dedicado desde su llegada á París, con ese ardor de los veinte años y de la impetuosidad de su temperamento? En sus rudas montañas, no viendo casi nunca á su padre, ocupado en los trabajos de una fábrica importante, falto de las caricias de su madre, á quien apenas habia conocido, ¿dónde habia de haber aprendido á amar? ¿Acaso le habian hablado nunca de ternura, de sentimiento, de verdadero amor? ¿Habíanle dicho, por ventura, que era preciso no confundir la satisfaccion de los apetitos materiales con la felicidad? ¿que al lado de las mujeres de placer, que le ayudaban á gastar su fortuna, existian otras con quienes podia vivir dichoso, saboreando inefables delicias? Complaciase en su propia inconsciencia, continuaba dando vueltas en el mismo torbellino, y orgulloso por sus conquistas de tocador, satisfecho de sus amores, sin cesar renacientes, ignorante de lo que es la mujer, confundíala con las mujeres.

VIII.

Cuando penetró en la intimidad de Ester, esta por lo tanto, despertó en él, sensaciones en lugar de sentimientos. Pero ella pudo engañarse muy bien en esto: por montañés que fuese, á pesar de su constitucion vigorosa y su tez sana, Vandelle poseia cierta distincion nativa, el talento, la finura, algo del disimulo de los Bearneses, sus vecinos, una intuicion de la sociedad y todas las elegancias, todas las picardías de la vida parisiense. Comprendió que Ester debia ser de otra esencia que las amables criaturas con quienes hasta entonces habia vivido: comprendió que les era superior tanto en educacion como en

belleza, y que por lo tanto merecía ser tratada con muchísimo mas cuidado.

Supo, pues, disimular sus deseos y se mostró con ella tierno, prudente, discreto, porque conocia demasiado que ella no hubiera ni comprendido ni tolerado audacia alguna. Gracias á esta habilidad, ella no desconfió ni de él, ni de sí propia, y dejóle poco á poco apoderarse de su existencia, mas desde entonces se perdió. Mientras que en sus entrevistas, Vandelle, dirigia miradas oblicuas y profundas sobre Ester, admirando aquella belleza, original, esquisita y carnal á la vez, saboreando á distancia aquellos labios rojos, gruesos, voluptuosos, intentando, con ayuda de su imaginacion, penetrar en misterios encantadores, hacer caer los velos que le estorbaban, y construir con el pensamiento una Vénus espléndida, conmovida y palpitante; mientras que aprovechaba las menores ocasiones para aproximarse á su ídolo, respirar el aroma de sus cabellos, aspirar su mismo aliento, llegando de este modo á desearla ardientemente, Ester, por su parte se enamoraba de él, de modo muy distinto. Demasiado pura para adivinarle, para concebir la mas pequeña idea acerca de sus aspiraciones, para poder hacer una distincion entre el amor y el deseo, sentíase dominada por aquellos miramientos, aquel cuidado, aquella discreta ternura, aquel religioso respeto. Hallábase sujeta al encanto de un carácter fino, desenvuelto, apto para todas las transformaciones, dispuesto á sostener toda clase de tésis, hasta las de mayor moralidad, aguijoneado por la ambicion de ser bien quisto, y triunfar. No veia ella mas que á él en ese gran París donde era una estrangera, sin familia y sin amigos. Únicamente con él podia hablar de la adorada madre que acababa de perder; solo él la comprendia, él solo lloraba con ella, y... un dia, sin darse cuenta de ello, le amó honesta, castamente, con todo su corazon!

IX.

¿Debia este amor por precision arrojarla en los brazos de Vandelle? No. El que uno se halle al borde del precipicio no quiere decir que necesariamente haya de caer en él. La educacion, en primer lugar; despues un invencible amor propio, y algunas veces la religion, preservan á ciertas mujeres de caer en faltas irremediabiles. Otras, sin principios sólidos, tienen en sí mismas una fuerza natural de resistencia; complácense en sostener luchas heróicas, se agarran fuertemente á su virtud, y gracias á desesperados esfuerzos, no sucumben nunca. Finalmente, las que se hallan dotadas de un temperamento frio, guiadas siempre por su razon, triunfan de todos los peligros. Tanto en unas como en otras, el alma salva siempre al cuerpo.

Pero Ester no podia formar parte de estas mujeres privilegiadas: bajo la tutela de una madre de cascos ligeros, y que la adoraba hasta la debilidad, mas bien cuidada habia sido su instruccion que su educacion. Su imaginacion de las mas vivas, habíase exaltado en una vida errante, caprichosa, llena de acontecimientos imprevistos, de febriles agitaciones, de sueños peligrosos, atormentada en el presente, inquieta en lo porvenir, en medio de una atmósfera turbada. Además, Ester era portuguesa, y las mujeres de su país, cuyos antepasados colonizaron el Brasil, tienen algo de sangre india en sus venas; su temperamento se resiente de su origen tropical, casi ecuatorial. Ya hemos hablado de las escentricidades de Ester Sandraz; sus locas carreras á caballo, sus estrañísimos baños de mar, sus ascensiones peligrosas; todo indicaba desde dicha época, necesidades de dispendio corporal, una naturaleza fogosa, fuerzas latentes que era preciso combatir. Inconsciente de las exigencias de su naturaleza, tenia cuenta de ellas por mero instinto,